

CRISTO, EL FUNDAMENTO DE LA JUSTICIA EN MIQUEAS

Miqueas 6:6-8

INTRODUCCIÓN:

Doy gracias a Dios por todos los que domingo tras domingo y día a día nutren su fe por medio de la Palabra de Dios. Porque nuestra fe no es una fe irracional como algunos suponen, nuestra fe se basa en evidencias y en la reflexión que se convierte en un culto racional como escribió el apóstol Pablo diciendo que “es vuestro culto racional” (Romanos 12:1). Porque la fe se nutre del conocimiento y no de la superstición. La fe nace y crece en el conocimiento, nunca se desarrolla en la ignorancia y nunca florece en la sinrazón. Y si alguno cree que la fe nace por generación espontánea, de la nada, está muy lejos de la verdad. Y por eso doy gracias a Dios por cada uno de ustedes que han conocido la verdad y andan en la verdad tal como escribió el apóstol Juan: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 1:4).

Y la verdad de Dios está atesorada y revelada en toda la Biblia, incluyendo a los profetas que estuvimos viendo durante todo este mes, a saber, la verdad de Dios en los profetas tales como Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás y hoy nos enfocaremos en el profeta Miqueas, tratando de descubrir a Cristo en cada uno de ellos, para robustecer nuestra fe y podamos decir con ellos “así ha dicho el Señor”.

Miqueas, cuyo nombre significa “quién es como Jehová” era de una región rural llamada Moreset, situada a unos 30 kilómetros al sureste de Jerusalén, y profetizó durante los reinados de Jotán, Acaz y Ezequías, es decir, dentro de la séptima centuria antes de Cristo, por lo tanto, podríamos decir que fue contemporáneo del profeta Isaías.

Dios lo envió para que hablase a una sociedad indolente y completamente corrompida que había perdido todos sus valores morales. Miqueas la describe así: “maquinan el mal y cuando llega la mañana lo ejecutan porque tienen en su mano el poder. Codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman, oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad” (2:1-2). “A las mujeres de mi pueblo echasteis fuera de las casas que eran su delicia; a los niños quitasteis mi perpetua alabanza” (2:9). “Sus jueces juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero, y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros” (3:11).

Por un lado, los jueces juzgaban por cohecho. Juzgar por cohecho significa que eran jueces comprados por dinero. Cohechar significa “sobornar, corromper con dádivas o dinero al juez durante el juicio, es corromper a cualquier funcionario público para que contra la justicia o el derecho hagan o dejen de hacer lo que se les pide. Y por otro lado, no solamente los jueces estaban detrás del dinero sino también los sacerdotes, porque el texto dice “sus sacerdotes enseñan por dinero”, y más aún “sus profetas adivinan por dinero”. Y para peor, creían que Dios estaba con ellos. Decían “¿No está Jehová entre nosotros?” Nada malo nos puede pasar.

La tarea de Miqueas era advertirles que Dios no pasaría por alto todo esto y que serían castigados y destruidos y, por lo tanto, antes que eso ocurra debían cambiar su conducta y volverse de sus malos caminos y regresar a Dios. Sin embargo, dentro de su profecía admonitoria incluye una luz de esperanza y de restauración por medio de uno que será el “Señor de Israel” es decir, el Cristo, donde podemos ver las evidencias de su presencia y su doctrina.

En derecho, una evidencia es una prueba determinante en un proceso judicial, pero en el lenguaje cotidiano una evidencia es una muestra verificada que se obtiene de una investigación, es algo que no se puede ocultar y queda en evidencia, por lo cual nadie puede negar su existencia.

I VEMOS EVIDENCIAS DE UNA PROFECÍA YA CUMPLIDA EN CRISTO

Miqueas 5:2 “Pero tú Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel, y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”.

No se puede negar que Miqueas profetizó que el Mesías nacería en un lugar llamado Belén. Es una evidencia que confirma la profecía acerca de Cristo.

Belén está situada como a 9 kilómetros al sur de Jerusalén a 716 metros sobre el nivel del mar. Se piensa que ese poblado tiene unos 4000 años de antigüedad y fue conocido también como Efrata, pero los árabes la llaman Beit Sahm, que quiere decir “Casa de pan”.

Se puede decir que Belén está lleno de historia porque:

- Aquí fue sepultada Raquel (Génesis 48:7) Jacob, su esposo dijo “la sepulté allí en el camino de Efrata que es Belén”.
- Aquí nació y murió Ibzan, uno de los jueces de Israel (Jueces 12:8-10).
- Aquí se desarrolló la hermosa historia relatada en el libro de Rut (Rut 1:19).
- Aquí nació y fue ungido el rey David (1 Samuel 16:1).
- Aquí los valientes de David irrumpieron en el campamento enemigo para traer agua para David (2 Samuel 2:15-17).
- Aquí en Belén, nació Jesús (Mateo 2:1) de quien Miqueas dijo que “será Señor en Israel” y luego añadió “Y él estará y apacentará con poder de Jehová, con grandeza del nombre de Jehová su Dios, y morarán seguros porque ahora será engrandecido hasta los fines de la tierra. Y ésta será nuestra paz...” (5:4-5ª).

Es curioso que Cristo nació en Belén, un lugar llamado “Casa de pan” dado que el mismo Jesús se llamó a sí mismo el “pan de vida”. En Juan 6:35 leemos “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” y luego, en el versículo 48 Jesús volvió a repetir “Yo soy el pan de vida”. Lo dijo, porque solamente él, solamente Jesús puede llenar nuestro vacío existencial, solamente él puede saciarnos completamente, solamente él puede con su presencia en nosotros satisfacer nuestra hambre y sed de significado y propósito en la vida.

Es también notorio que Dios haya escogido una población tan pequeña como Belén para el nacimiento de su Hijo, y no eligió a Jerusalén, la capital u otra ciudad importante, sino una diminuta aldea. Como si Dios tuviese cierta predilección con lo que es pequeño o insignificante. Por ejemplo, cuando Jesús quiso comparar la fe que es inmaterial con algo material, la comparó con un grano de mostaza que es la más pequeña de las semillas. Y cuando pensó en evangelizar al mundo entero eligió un pequeño grupo de hombres y dijo “no temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32) y cuando quiso levantar a un maestro o teólogo para la iglesia, eligió a Pablo, quien escribió “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo” (Efesios 3:8). Y cuando Jesús quiso enseñar acerca de la importancia de la humildad, tomó como ejemplo a un niño, un pequeño para mostrar que cuando uno más se humilla o cuanto más se baja es entonces es cuando más crece, diciendo “Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe, y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande” (Lucas 9:48). Podemos subrayar la frase “porque el que es más pequeño entre todos...ése es el más grande”.

“Pero tú Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti saldrá el que será Señor de Israel”, y no un señor o gobernante como cualquier otro gobernante, ni siquiera como lo fue el rey David con todas sus limitaciones, sino uno del cual se dice que “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”.

II VEMOS EVIDENCIAS DE LA DOCTRINA DE CRISTO

Miqueas 6:6-8 “¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré a mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”.

Las preguntas que hace Miqueas son las preguntas que la humanidad se hizo en el devenir de la historia “¿Con qué me presentaré ante Dios?” Porque antiguamente cuando uno pedía una audiencia a un rey, era impropio que vaya con las manos vacías. Algunos se presentaban con obsequios de mucho valor. Todos sabían cómo debían presentarse ante un rey o un soberano, pero ¿cómo debían presentarse ante Dios para caer en gracia y ser escuchados? ¿Cómo lograr el favor de Dios? ¿Qué puedo traerle a Dios que realmente le guste y valore? ¿Le gustará que le presente miles de corderos en sacrificio? Y la respuesta implícita fue: No, no puedo comprar a Dios de esa manera. ¿Le gustarían mil arroyos de aceite? Y también la respuesta fue: No, no es lo que Dios quiere. ¿Le ofrecería la vida de mis hijos como lo hacían los paganos cuando quemaban a los bebés en el altar de sus dioses? Absolutamente no. Entonces ¿qué realmente quiere Dios? Y la respuesta fue “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Dios de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”. ¿Solo esto? Sí, solamente te pide estas tres cosas.

Este enfoque de lo que Dios nos pide coincide con la doctrina de Jesucristo sobre la justicia, la misericordia y la humildad. Según Miqueas Dios nos pide:

1. Solamente hacer justicia.

Hacer justicia en este contexto es ser equitativo con todos, es decir, es guiarse por el equilibrio en las decisiones más que por la letra de la ley. Por eso, si Dios nos pide que hagamos justicia, entonces debemos hacer justicia al menos en cinco áreas.

- a. Justicia con nosotros mismos. Como escribió Pablo en Romanos 12:3 “a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura”. Es decir, que sea justo consigo mismo, que sea sensato, que use bien su cabeza. Pensar con cordura es reconocer las limitaciones propias, y no creer que puede hacer todo solo, porque eso sería tener un concepto de sí mismo más alto que el que debería tener. Hacer justicia con uno mismo es reconocer que necesitamos de los demás. Pensar con cordura o con justicia de uno mismo es también no tener un concepto más bajo que el que debe tener. Ser justo es no menospreciarse y pensar mal de uno mismo. Porque nos convertiríamos en personas negativas y depresivas. Por eso pregunto ¿Te haces justicia a ti mismo?
- b. También debemos hacer justicia con nuestra familia. Ser justos con los padres honrándolos como nos enseñó Dios, y justos con los hijos. Los padres deben considerar a sus hijos todos por igual, sin favoritismos que producen celos y conflictos. Debemos ser justos con los ancianos sabiendo que todos llegaremos a su edad y seremos tratados como ahora los tratamos a ellos. La verdadera piedad comienza con la propia familia, como dijo Pablo “el que no provee para su propia casa (o familia) es peor que un incrédulo”.

- c. Aparte de la familia debemos hacer Justicia con los subordinados, sean empleados, obreros, alumnos, o de rangos inferiores en regímenes militares. Colosenses 4:1 “Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos.” Debemos tratarlos bien, con respeto y honra, debemos pagarles puntualmente y sin retaceos, y para ser justos, debemos valorar su trabajo.
- d. Pero también, como obreros, empleados o subalternos debemos hacer Justicia con los superiores o con las diferentes jerarquías, sean patrones, jefes, capataces, dueños, responsables de áreas, gerentes. Colosenses 3:22 “Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios”.
- e. Por último, debemos hacer justicia con Dios, tal como lo vimos en el estudio del libro de Oseas, para no pensar mal de Dios.

Pero también Dios nos pide misericordia

2. Solamente amar misericordia.

La misericordia es más que un sentimiento de compasión o lástima por los que sufren, la misericordia es una práctica, misericordia es acción, es tener un corazón solidario con los necesitados.

Aquellos que se ocupan de la cultura de los libros, la música, el arte, se dice que “aman la cultura”. Los que se ocupan del deporte se dice que “aman el deporte”, los que todo el tiempo hablan de política, se dice que aman la política. Los que viven cultivando y cuidando flores, se dice que aman la floricultura y así podríamos continuar hablando sobre todas las cosas que amamos. Pero aquí Dios nos pide una cosa: que amemos la misericordia. Que nos ocupemos de la misericordia, que sea nuestro tema de conversación y desvelos. “Solamente amar misericordia” ha pedido Dios. El apóstol Pablo dice en Efesios 4:32 que debemos ser “misericordiosos, perdonándonos unos a otros, como Dios también nos perdonó a nosotros en Cristo”. Y amar la misericordia es algo que Dios nos pide por nuestro propio bien, porque en Proverbios 11:17 dice “A su alma hace bien el hombre misericordioso” en otras palabras “El que tiene misericordia de los que sufren, en realidad se hace bien o se beneficia a sí mismo”, “a su alma hace bien el hombre misericordioso”.

Por un lado Dios nos pide que hagamos justicia y por el otro nos pide que amemos misericordia, es decir, que seamos rápidos en perdonar, dispuestos a comprender al otro, lentos para enojarnos, y abiertos a la empatía.

Y en tercer lugar ¿qué nos pide Dios?

3. Solamente humillarte ante tu Dios.

Humillarse significa inclinar la cabeza o una parte del cuerpo como señal de sumisión y acatamiento. Es dejar de lado el orgullo y dar la razón a Dios. Humillarse es deponer cualquier actitud en contra de Dios. Es precisamente lo que hizo el rey Josías cuando escuchó la lectura del Libro de la Ley de Dios. Él se humilló ante Dios y fue a consultar a Dios por medio de la profetisa Hulda, quien le dijo “Y tu corazón se conmovió, y te humillaste delante de Dios al oír sus palabra sobre este lugar y sobre sus moradores y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice Jehová” (2 Crónicas 34:27). Aquí podemos ver que Dios oyó su oración por una razón: el rey se humilló ante Dios.

Jesús enseñó en varias ocasiones y en diferentes maneras diciendo que “el que se humilla será enaltecido”. Ser enaltecido significa ser alabado por los méritos y logros, es recibir un reconocimiento y honores públicos. Por lo tanto, el “que se humilla será elevado a una posición de mayor honor, prestigio y reconocimiento” o también “el que se humilla será nombrado para el puesto más alto”.

Santiago 4:10 dice “Humillaos delante del Señor y él os exaltará”, y 1 Pedro 5:6 expresa algo similar diciendo “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo”.

Nos humillamos cuando aceptamos los caminos de Dios, los tiempos de alegría y de sufrimiento, los momentos de ganancia y también de pérdida. En definitiva, nos humillamos cuando reconocemos que todo lo debemos a Dios, como dice la canción de Marcos Yaroide:

Mi despertar y mi atardecer, todo se lo debo a Él.
Si en mi vivir no existiera Él, no sé qué sería de mí.
Porque todo se lo debo a Él.

Todo se lo debo a Él, todo se lo debo a Él.
Mi vida y sustento, mi fuerza y esperanza.
Todo se lo debo a Él

Si en mi aliento Él no fuese el viento ¿Cómo podría vivir?
Y si de mi corazón no fuera el centro habría un vacío en mí.
Y es que todo se lo debo a Él.

Todo se lo debo a Él, todo se lo debo a Él.
Mi casa, mi familia y mis canciones.
Todo se lo debo a Él.

CONCLUSIÓN:

El libro del profeta Miqueas concluye con una hermosa promesa que dice “El (Dios) volverá a tener misericordia de nosotros, sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Miqueas 7:19). Es una gloriosa promesa que su cumple por medio de Jesucristo cuando lo recibimos en nuestro corazón, cuando nacemos de nuevo por medio de la fe y el poder de su gracia. Cuando, después de habernos alejado de Él y de la iglesia regresamos a sus brazos con un sentido arrepentimiento. En ese momento Dios echa en lo profundo del mar todos nuestros pecados como lo ha prometido, y nunca más se acordará de ellos. Solamente imaginemos esto: Dios nunca, nunca, nunca más se acordará de nuestros pecados.